EL HOMBRE QUE AMABA UN BOMBARDINO

ERA hermoso verle tocar el bombardino. Era de las cosas más hermosas y sencillas que he visto en mis años de hombre vivo. Tocar el bombardino. Se inflaba de aire, recogía el aire del Norte y del Sur y de todos los rincones, y el bombardino retozaba con su voz metálica. Era hermoso verle, porque todo aquello tan sencillo estaba lleno de amor, del amor, aparentemente absurdo, a un bombardino. Lo conocí entonces, en una mañana de septiembre, que es cuando celebran las fiestas del pueblo, y se sacan las vaquillas a la plaza y se tiran cohetes y se mancha de vino la gente y sale la procesión. Entonces, porque también hay música. Iban siete u ocho por todo el pueblo, de hotel en hotel y calle a calle. Primero tocaban eso de "Quinto levanta, tira de la manta...", y después un pasodoble. Y todos, los seis o siete, llevaban sus románticos uniformes de músicos, que parecían marineros de opereta. Todo menos él, menos Donato Pielli, de oficio herrero. Pielli llevaba una gorra a cuadros y su traje gris oscuro. Sé que alguien se lo preguntó:

—¿Y usted?

—¿Qué?

—¿Por qué no va uniformado?

—Porque yo toco por afición, yo no pertenezco a la banda.

Donato Pielli. Sacaba su bombardino en las fiestas igual que las madres sacan a los chiquillos pequeños, muy limpios y con el traje nuevo, para que se llenen de polvo y alegría. Con el mismo rito.

Donato Pielli tenía ya sus años. Todos los veranos, en las fiestas, me asomaba al balcón para verlo, para sentir su seriedad de amar un bombardino. Porque él no era músico, no era un hombre que amara la música, sino un ser que amaba a un bombardino como un niño ama un globo sin amar el aire.

La primera vez que vi a Pielli tocando el bombardino sentí miedo de ser ya un hombre. Porque en estos pueblos los chiquillos van detrás de los músicos y los miran y remiran como si fueran de chocolate. Y yo no podía, era un hombre casado que había salido en los periódicos y que debía ser serio. Y yo quería seguir a Pielli, seguirlo como aquellos chiquillos hasta hacerlo en mis ojos figurilla de chocolate.

Todo fué por presencia, como uno se enamora de una mujer de verla y verla. Su bombardino llevaba en la casa muchos años, Dios sabe cuántos, y también Dios sabrá de quién era. Y llevaba allí, colgado de un clavo, infinidad de días, por lo menos todos los días en que Pielli, y quizá el padre de Pielli, estuvo creciendo. Siempre lo miraba y luego extendía sus dedos para acariciarlo. Sólo eso. Sin atreverse a decirle

nada, porque sabía que el bombardino no le oiría, que estaba muerto. Pero un día supo, así: sencillamente, como estos hombres creen en los misterios, que la vida del bombardino era su voz metálica, su llenar de sonidos las calles del pueblo. Y así: sencillamente, como uno aprende a jugar para que su hijo juegue, empezó a tocar el bombardino. Lo limpió por dentro, le sacó brillo con aquella gamuza que compró en el estanco, y, al principio, sólo pudo hacerle hablar con un piii... *que era una queja. Pero él se acordó que los niños, cuando nacen, tampoco saben hablar. Y no se entristeció. Luego, el bombardino y Pielli aprendieron a decir* tararí *y* tarará, *y Donato gritó:*

—¡Mira, mira cómo habla el bombardino!

Pero la gente no le comprendía y se puso triste. Se puso triste y siguió día tras día, hasta que el bombardino y el Pielli se identificaron tanto como para interpretar un pasodoble. Que el pasodoble sonara a gallinas huyendo de un perro no importaba mucho. No, era igual. Lo importante era que el bombardino había resucitado y se expresaba.

Por eso fué a la música y no era de la banda. Porque al bombardino le gustaba salir en las fiestas por las calles y tocar en el baile de la plaza e ir paso a paso en la procesión con la Virgen. Les gustaba ir juntos y hablarse aunque la gente, yo mismo, no los entendiera.

Todos los veranos, en septiembre, me asomaba a verlo. Quería preguntarle muchas cosas, pero él no hablaba, únicamente decía sí *y* NO *y* para tal día tendrá usted la herramienta arreglada. *Iba a la herrería y lo veía trabajar, cerca del bombardino, pero no hablaba, no decía nada, quizá porque un día había dicho: "¡Mira, mira cómo habla el bombardino!", y la gente no le comprendió.*

Y un verano, este septiembre, fueron todos los músicos uniformados. Todos. Donato Pielli era ya muy viejo. Miré por todas partes y no lo vi. Creo que mis ojos lo preguntaban tanto, que el chiquillo de la música, el que recoge las propinas, me lo dijo. No, no se había quedado en casa, es que había muerto en el invierno y por ello el sonido del bombardino no estaba en aquel pasodoble. Luego me acerqué a la herrería y vi el bombardino colgado donde siempre. Le dije a alguien: "¿Me lo vende?". Y dijo sí.

Es enero y el bombardino está nuevo, no tiene absolutamente nada, pero no toca. Lo probé muchas veces y lo llevé a muchas casas de música. No toca, no tiene sonido, se ha muerto. Y esta noche, en la que ya es tan tarde que todo el barrio duerme, pienso que aquel bombardino, el verdadero bombardino, se lo llevó Pielli, Donato Pielli, de oficio herrero cuando vivo.

ANTONIO PRIETO